Una noche

Juan Carlos Pereletegui

Finalista en el II Certamen de Relatos de la editorial Ábaco

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

«El objetivo de la sociedad sigue siendo el de producir.»
J. K. Galbraith

El profesor de economía continua con su perorata.

—Situándonos en un plano estrictamente teórico y analizando los modelos hasta sus ultimas consecuencias, la diferencia real y consistente que encontramos entre capitalismo y socialismo es lo que podemos denominar «la estrategia de reparto».

»Todos los teóricos de la economía, al final, se enfrentan a la misma cuestión: ¿cómo distribuir la producción de bienes y servicios de forma que llegue a todos y todos se sientan motivados para colaborar en dicha producción?

»Si damos por hecho que no hay una solución ideal, podemos replantear la pregunta en forma de minimizaciones o maximizaciones. ¿Cuál puede ser el modelo de reparto que minimice la desigualdad? ¿Cuál el que minimice la ociosidad? ¿Cuál el que maximice la producción?

»Para mañana quiero que analicen el modelo capitalista diferenciando los factores que la estrategia de reparto subyacente busca, intencionadamente, maximizar o minimizar y aquellos otros que aparecen como consecuencia, inevitable pero no deseada, de dicha estrategia.

Una alumna abandona el aula con precipitación. En la puerta de la facultad le esperan dos compañeros de cierta ONG. Esta noche les toca repartir condones y consejos a las prostitutas. Llevan tiempo haciéndolo y han entablado una buena relación con las mujeres de la calle. La alumna de economía recibe, entre risas, ofertas de empleo. Ella las rechaza en el mismo tono de broma mientras se pregunta por el motivo verdadero de que la prostitución no compute en el cálculo del producto nacional.

Mientras, sus compañeros varones hacen frente a propuestas de tratamientos especiales a precios de ganga, realizadas más o menos seriamente, dependiendo de cómo vaya la noche.

Hay una chica nueva, una joven negra como el ébano, todavía con la selva en la mirada. La alumna de economía le pregunta por su tierra. Una compatriota más veterana hace de interprete.

—En mi poblado nadie tiene nada. Los ancianos reparten la caza traída por los hombres, las mujeres cuecen cacharros y tejen. Todos colaboran

y cada uno usa lo que necesita. Aquí, todos tenéis de todo pero queréis más y más.

Las muchachas se despiden de los jóvenes de la ONG y se pierden entre las callejas, en busca de sus puestos habituales.

La mujer de ébano que nació en la selva, atiende a su primer cliente de la noche en el cuartucho de una pensión. Es casi un viejo conocido, desde el mismo día que bajó de la patera y le obligaron a vender sus besos, todavía con sabor a sal. Parece haberse encaprichado de su cuerpo felino y todavía fresco; hoy le ha traído un regalo. Con mucho alarde abre un estuche alargado. Un collar de perlas luce magnifico sobre el terciopelo negro. La mujer de ébano sonríe y su sonrisa deja el collar en ridículo.

Da unos golpes discretos en la pared del cuarto. Una cabeza rubia, llena de rizos, asoma por la puerta. Pertenece a una francesita de aspecto delicado a la que todos llaman Mademoiselle Isabel. La mujer de ébano le muestra el collar y la muchacha no necesita más. Una a cada lado del cliente, le agradecen el regalo con fingido apasionamiento. La mujer de ébano que nació en la selva, es sabia y no olvida la importancia de repartir.

El cliente deja la pensión muy entrada la noche y un taxi le traslada a un lujoso chalet. Le da a su mujer un mentiroso beso en la mejilla y achaca la tardanza a una reunión imprevista. La esposa conoce las costumbres de su marido. Sus correrías eran famosas cuando ella trabajaba como administrativa en una de sus muchas empresas. Lo suyo fue un golpe de suerte... y algo de táctica.

El caso es que no va a poner en peligro una vida regalada porque a su marido le apetezca metérsela, de vez en cuando, a una puta miserable. Además, así la deja a ella libre para otros entretenimientos. Eso le recuerda al jardinero de la urbanización que abandonaba la casa por la puerta de servicio mientras su marido entraba por delante. El recuerdo la excita rápidamente; el marido ya está roncando, agotado por las atenciones de la mujer de ébano y Mademoiselle Isabel. La mujer se acaricia, alargando el recuerdo de la tarde pasada con el jardinero.

Mientras la esposa se masturba en el lujoso dormitorio, una sombra se mueve silenciosamente por la planta baja. El jardinero ha fingido marcharse pero esta noche piensa cobrar todas las atenciones dedicadas a la

dueña de la casa. Averiguar lo que quería le ha llevado meses de follar ese cuerpo gordo y fofo, pero ahora sabe donde tiene apuntada la combinación de la caja fuerte, la muy estúpida. La caja se encuentra en el estudio, disimulada detrás de una horrible acuarela abstracta. Sobre el escritorio hay una pequeña reproducción de «El beso». El jardinero la vuelve y a la luz de la luna lee los números anotados a lápiz en la base. Poco después abandona la casa silenciosamente, con una bolsa de supermercado llena de fajos de billetes de alta denominación, dinero negro cuyo robo será difícil de denunciar.

Camina deprisa por las calles desiertas. El sonido hueco de sus pasos aumenta su nerviosismo y respira aliviado cuando llega a su coche. Mientras intenta abrir la puerta con manos temblorosas, le empujan por detrás, golpeándole contra la carrocería. Dedos fríos se engarfian en su pelo y le retuercen el cuello. Brilla la hoja de una navaja.

El asaltante, un yonqui sidótico, la emprende a golpes con el jardinero que hace un amago de defensa puramente testimonial. Luego se deja caer al suelo y aguanta la tormenta hecho un ovillo. Cuando es seguro que el jardinero no se va a mover, el atracador le registra. Abre la bolsa de plástico y después de un instante de pasmo e incredulidad prorrumpe en una retahíla inacabable de tacos y blasfemias.

A cierta distancia y seguro de que nadie le sigue, el yonqui se oculta en un descampado, tras unos montones de escombro. Pasado el primer momento de euforia tiene mucho miedo. Si los colegas se enteran de que tiene todo ese dinero es hombre muerto. Han apiolado a otros por mucho menos y la codicia es un ácido que corroe las camaraderías más fraternas. El caso es que a él no le importa compartirlo, parece que hay mucho, pero sabe de algunos que lo querrán todo para ellos. Tampoco puede aparecer por la ciudad con toda esa pasta: la pasma lo trinca al momento. ¡Total, para que algún poli se lo quede!

Comienza a alborear y él sigue allí sentado, sin saber que hacer. Nunca se le dio muy bien lo de pensar y todo el caballo que ha pasado por sus venas en los últimos años no ha contribuido a la salud de sus neuronas. Al fin, tras mucho estrujarse, recuerda al hijodeputa ese, un menda creído que le compra papelinas de coca y otras cosas. En un par de ocasiones, hasta le ha buscado un chapero. El Patas dice que es catedrático y si

lo dice el Patas será verdad. Ese gachó no irá corriendo a la poli, no le conviene, y tampoco es el tipo de hijodeputa que pensaría en matarle. Al menos no inmediatamente.

El profesor de economía sale de casa para dirigirse a la primera clase del día. Es una mañana fría de invierno, apenas ha amanecido. El camello lo aborda por detrás.

—¿Una papelina, jefe?

—¿Qué cojones haces aquí? —responde sobresaltado —. Lárgate ahora mismo.

El camello abre un poco la bolsa que ha mantenido pegada al estomago y el profesor de economía ve los fajos de billetes.

—Está bien, sube al coche. ¡Rápido!

En el aparcamiento de un gran centro comercial el profesor de economía hurga en la bolsa de plástico; saca algunos billetes. Son buenos, no hay duda. Intenta hacer un calculo aproximado pero pierde la cuenta.

—Yo no he hecho nada jefe, se lo juro. Me lo encontré en la basura.

La bolsa tiene manchas de sangre y el profesor de economía sospecha que no toda procede de los nudillos deshollados del camello.

—¿Qué quieres de mi? —le pregunta, entre temeroso y esperanzado.

—Yo no puedo gastar nada de esto sin que me trinquen, pero usted, seguro que sabe cómo hacerlo.

El respetable catedrático conoce varios bufetes que lavan más blanco que Persil, pero este tío no puede presentarse en uno de ellos con una bolsa ensangrentada y llena de billetes. Él, en cambio, es una persona respetable. Cualquier excusa será aceptada, por improbable que sea, sin una sola pregunta. Siempre que mojen en el reparto.

El profesor de economía mira al yonqui con ojo clínico. Hay dinero más que suficiente para los dos y, de todas formas, este desgraciado no durará mucho más.

—De acuerdo, te ayudaré y te buscaré un tratamiento; pero vamos a medias.

En ocasiones, las estrategias de reparto del sistema capitalista son inescrutables.